



La Santa Sede

VIAJE A LA REPÚBLICA DOMINICANA, MÉXICO Y BAHAMAS

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS ESTUDIANTES DEL "INSTITUTO MIGUEL ÁNGEL" DE CIUDAD DE MÉXICO

Martes 30 de enero de 1979

Queridos jóvenes:

Estoy contento de poder encontrarme hoy con vosotros en esta escuela católica "Instituto Miguel Ángel". Formáis un grupo numeroso de todas las edades, tanto lo que estudiáis en este centro cuanto los venidos de otras escuelas católicas. En vuestra juventud veo y siento presentes a todos los estudiantes del país. A todos os saludo con un afecto particular, porque veo en vosotros la esperanza prometedora de la Iglesia y de la nación mexicana del mañana.

También quiero saludar afectuosamente a vuestros profesores, a los representantes de las instituciones formadoras y de los padres de familia. Todos merecéis mi respeto porque entre todos estáis formando a las nuevas generaciones.

1. Las dificultades que las escuelas católicas en México han sabido superar en el cumplimiento de su misión, es un motivo más de mi reconocimiento al Señor y al mismo tiempo un estímulo para vuestra responsabilidad, a fin de que la escuela católica lleve a cabo la formación integral de los futuros ciudadanos sobre una base auténticamente humana y cristiana.

"La Iglesia, en cuanto a su misión específica, debe promover e impartir la educación cristiana a la que todos los bautizados tienen derecho, para que alcancen la madurez en su fe. Como servidora de todos los hombres, la Iglesia busca colaborar mediante sus miembros, especialmente laicos, en las tareas de promoción cultural humana, en todas las formas que interesan a la sociedad"

(Medellín, *Educación*, 9).

Muy antigua es la tradición cristiana en esta ciudad de México; y ha sido también pionera en introducir la doctrina social de la Iglesia en los planes de estudio escolares. Esto ha sido germen de un mayor respeto a los derechos de todos los hombres, especialmente de los que sufren en la miseria o en la marginación social.

2. La Iglesia contempla con optimismo y profunda esperanza a la juventud. Vosotros, los jóvenes, representáis a la mayor parte de la población mexicana, de la cual el 50% no llega a los 20 años. En los momentos más difíciles del cristianismo en la historia mexicana, los jóvenes han dado un testimonio heroico y generoso.

La Iglesia ve en la juventud una enorme fuerza renovadora, que nuestro predecesor el Papa Juan XXIII consideraba como un símbolo de la misma Iglesia, llamada a una constante renovación de sí misma, o sea, a un incesante rejuvenecimiento.

Preparaos a la vida con seriedad y diligencia. En este momento de la juventud, tan importante para la maduración plena de vuestra personalidad, sabed dar siempre el puesto adecuado al elemento religioso de vuestra formación, el que lleva al hombre a alcanzar su dignidad plena, que es la de ser hijo de Dios. Recordad siempre que sólo si os apoyáis, como dice San Pablo, sobre el único fundamento que es Jesucristo (cf. *1Co* 3, 11), podréis construir algo verdaderamente grande y duradero.

3. Como recuerdo de este encuentro tan cordial y gozoso quiero dejaros una consideración concreta.

Con la vivacidad que es propia de vuestros años, con el entusiasmo generoso de vuestro corazón, caminad al encuentro de Cristo: sólo El es la solución de todos vuestros problemas; sólo El es el camino, la verdad y la vida; sólo El es la verdadera salvación del mundo; sólo El es la esperanza de la humanidad.

Buscad a Jesús esforzándoos en conseguir una fe personal profunda que informe y oriente toda vuestra vida; pero sobre todo que sea vuestro compromiso y vuestro programa amar a Jesús, con un amor sincero, auténtico y personal. El debe ser vuestro amigo y vuestro apoyo en el camino de la vida. Sólo El tiene palabras de vida eterna (cf. *Jn* 6, 68).

Vuestra sed de lo absoluto no puede ser saciada por los sucedáneos de ideologías que conducen al odio, a la violencia y a la desesperación. Sólo Cristo, buscado y amado con amor sincero es fuente de alegría, de serenidad y de paz.

Pero después de haber encontrado a Cristo, después de haber descubierto quién es El, no se

puede no sentir la necesidad de enunciarlo. Sabed ser testigos auténticos de Cristo; sabed vivir y proclamar, con hechos y palabras, vuestra fe.

Vosotros, queridísimos jóvenes, debéis tener el ansia y el deseo de ser portadores de Cristo a esta sociedad actual, más que nunca necesitada de El, más que nunca a la búsqueda de El, a pesar de que las apariencias puedan tal vez hacer creer lo contrario.

“Es necesario –ha escrito mi predecesor Pablo VI en la Exhortación *Evangelii nuntiandi*– que los jóvenes, bien formados en la fe y arraigados en la oración, se conviertan cada vez más en los apóstoles de la juventud” (núm. 72). A cada uno de vosotros espera la tarea entusiasmante de ser un anunciador de Cristo entre vuestros compañeros de escuela y de diversión. Cada uno de vosotros debe tener en el corazón el deseo de ser un apóstol entre los que están a vuestro alrededor.

4. Quiero ahora confiaros un problema que llevo muy dentro de mí. La Iglesia es consciente del subdesarrollo cultural existente en muchas zonas del continente latinoamericano y de vuestro país. Mi predecesor Pablo VI, en su Encíclica *Populorum progressio* afirmaba: “...la educación básica es el primer objetivo de un plan de desarrollo” (núm. 36).

En la dinámica acelerada de cambio, característica de la sociedad actual, es necesario y, a la vez, urgente que sepamos crear un ambiente de solidaridad humana y cristiana en torno al acuciante problema de la escolarización. Ya lo recordaba el Concilio en su Documento sobre la Educación: “Todos los hombres, de cualquier raza, condición y edad, por poseer la dignidad de persona, tienen derecho inalienable a una educación...” (*Gravissimum educationis*, 1).

No es posible permanecer indiferente ante el grave problema del analfabetismo o semi-analfabetismo.

En uno de los momentos decisivos para el futuro de América Latina, hago un fuerte llamado en nombre de Cristo a todos los hombres y, de modo particular, a vosotros los jóvenes, para que prestéis hoy y mañana vuestra ayuda, servicio y colaboración en esta tarea de escolarización. Mi voz, mi súplica de Padre si dirige también a los educadores cristianos para que, con su aportación favorezcan la alfabetización y “culturización”, con una visión integral del hombre. No olvidemos que “un analfabeto es un espíritu subalimentado” (*Populorum progressio*, 35).

Confío en la colaboración de todos para ayudar a resolver este problema, que toca un derecho tan esencial del ser humano.

¡Jóvenes, comprometeos humana y cristianamente en cosas que merecen esfuerzo, desprendimiento y generosidad! ¡La Iglesia lo espera de vosotros y confía en vosotros!

5. Pongamos esta intención a los pies de María, a la que los mexicanos invocáis como Nuestra Señora de Guadalupe. Ella estuvo asociada íntimamente al misterio de Cristo y es un ejemplo de amor generoso y de entrega al servicio de los demás. Su vida de fe profunda es el camino para robustecer nuestra fe y nos enseña a encontrarnos con Dios en la intimidad de nuestro ser.

Al volver a vuestras casas, asociaciones juveniles y grupos de amigos, decid a todos que el Papa cuenta con los jóvenes. Decid que los jóvenes son el consuelo y la fuerza del Papa, que desea estar con ellos para hacerles llegar su voz de aliento en medio de todas las dificultades que comporta el situarse en la sociedad.

Os ayude y estimule a cumplir vuestros propósitos la bendición apostólica que os imparto de corazón a vosotros, a vuestros seres queridos y a cuantos se dedican a vuestra formación.